



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 22 de febrero de 1989

Características de las apariciones de Cristo resucitado

1. Conocemos el pasaje de la Primera *Carta a los Corintios*, donde Pablo, el primero cronológicamente, anota la verdad sobre la resurrección de Cristo: «Porque os transmití... lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras: que fue sepultado y que *resucitó* al tercer día, según las Escrituras; que *se apareció a Cefas* y luego a los Doce...» (1 Co 15, 3-5). Se trata, como se ve, de una verdad transmitida, recibida, y nuevamente transmitida. Una verdad que pertenece al “depósito de la Revelación” que el mismo Jesús, mediante sus Apóstoles y Evangelistas, ha dejado a su Iglesia.

2. *Jesús reveló gradualmente esta verdad* en su enseñanza prepascual. Posteriormente ésta, encontró su realización concreta en los acontecimiento de la pascua jerosolimitana de Cristo, certificados históricamente, pero llenos de misterio.

Los anuncios y los hechos tuvieron su confirmación sobre todo *en los encuentros de Cristo resucitado*, que los Evangelios y Pablo relatan. Es necesario decir que el texto paulino presenta estos encuentros –en los que se revela Cristo resucitado– de manera global y sintética (añadiendo al final el propio encuentro con el Resucitado a las puertas de Damasco: cf. *Hch9*, 3-6). En los Evangelios se encuentran, al respecto, anotaciones más bien fragmentarias.

No es difícil *tomar y comparar algunas líneas características* de cada una *de estas apariciones* y de su conjunto, para acercarnos todavía más al descubrimiento del significado de esta verdad revelada.

3. Podemos observar ante todo que, después de la resurrección, Jesús se presenta a las mujeres y a los discípulos con su cuerpo transformado, hecho espiritual y partícipe de la gloria del alma: pero sin ninguna característica triunfalista. Jesús se manifiesta *con una gran sencillez*. Habla de amigo a amigo, con los que se encuentra en las circunstancias ordinarias de la vida terrena. No ha querido enfrentarse a sus adversarios, asumiendo la actitud de vencedor, ni se ha preocupado por mostrarles su “superioridad”, y todavía menos ha querido fulminarlos. Ni siquiera consta que se haya presentado a alguno de ellos. Todo lo que nos dice el Evangelio nos lleva a excluir que se haya aparecido, por ejemplo, a Pilato, que lo habla entregado a los sumos sacerdotes para que fuese crucificado (cf. *Jn* 19, 16), o a Caifás, que se habla rasgado las vestiduras por la afirmación de su divinidad (cf. *Mt* 26, 63-66).

A los privilegiados de sus apariciones, *Jesús se deja conocer en su identidad física*: aquel rostro, aquellas manos, aquellos rasgos que conocían muy bien, aquel costado que hablan visto traspasado; aquella voz, que habían escuchado tantas veces. Sólo en el encuentro con Pablo en las cercanías de Damasco, la luz que rodea al Resucitado casi deja ciego al ardiente perseguidor de los cristianos y lo tira al suelo (cf. *Hch* 9, 3-8): pero es una manifestación del poder de Aquel que, ya subido al cielo, impresiona a un hombre al que quiere hacer un “instrumento de elección” (*Hch* 9, 15), un misionero del Evangelio.

4. Es de destacar también un hecho significativo: *Jesucristo se aparece en primer lugar a las mujeres*, sus fieles seguidoras, y no a los discípulos, y ni siquiera a los mismos Apóstoles, a pesar de que los habla elegido como portadores de su Evangelio al mundo. Es a las mujeres a quienes por primera vez confía el misterio de su resurrección, haciéndolas las primeras testigos de esta verdad. Quizá quiera premiar su delicadeza, su sensibilidad a su mensaje, su fortaleza, que las habla impulsado hasta el Calvario. Quizá quiere manifestar un delicado rasgo de su humanidad, que consiste en la amabilidad y en la gentileza con que se acerca y beneficia a las personas que menos cuentan en el gran mundo de su tiempo. Es lo que parece que se puede concluir de un texto de Mateo: “En esto, Jesús les salió al encuentro (a las mujeres que corrían para comunicar el mensaje a los discípulos) y les dijo: ‘¡Dios os guarde!’. Y ellas, acercándose, se asieron de sus pies y le adoraron. Entonces les dice Jesús: ‘No temáis. Id y avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán’” (28, 9-10).

También el episodio de la aparición a María de Magdala (*Jn* 20, 11-18) es de extraordinaria finura ya sea por parte de la mujer, que manifiesta toda su apasionada y comedida entrega al seguimiento de Jesús, ya sea por parte del Maestro, que la trata con exquisita delicadeza y benevolencia.

En *esta prioridad de las mujeres* en los acontecimientos pascuales tendrá que inspirarse la Iglesia, que a lo largo de los siglos ha podido contar enormemente con ellas para su vida de fe, de oración y de apostolado.

5. Algunas características de estos encuentros postpascuales los hacen, en cierto modo, paradigmáticos debido a las situaciones espirituales, que tan a menudo se crean en la relación del hombre con Cristo, cuando uno se siente llamado o “visitado” por Él.

Ante todo hay una *dificultad* inicial *en reconocer* a Cristo por parte de aquellos a los que El sale al encuentro, como se puede apreciar en el caso de la misma Magdalena (*Jn 20, 14-16*) y de los discípulos de Emaús (*Lc 24, 16*). No falta un cierto sentimiento de temor ante Él. Se le ama, se le busca, pero, en el momento en el que se le encuentra, se experimenta alguna vacilación...

Pero Jesús les lleva gradualmente al reconocimiento y a la fe, tanto a María Magdalena (*Jn 20, 16*), como a los discípulos de Emaús (*Lc 24, 26 ss.*), y, análogamente, a otros discípulos (cf. *Lc 24, 25-48*). Signo de la pedagogía paciente de Cristo al revelarse al hombre, al atraerlo, al convertirlo, al llevarlo al conocimiento de las riquezas de su corazón y a la salvación.

6. Es interesante analizar el proceso psicológico que los diversos encuentros dejan entrever: los discípulos experimentan una cierta dificultad en reconocer no sólo la verdad de la resurrección, sino también la identidad de Aquel que está ante ellos, y aparece como *el mismo pero al mismo tiempo como otro: un Cristo “transformado”*. No es nada fácil para ellos hacer la inmediata identificación. Intuyen, sí, que es Jesús, pero al mismo tiempo sienten que Él ya no se encuentra en la condición anterior, y ante Él están llenos de reverencia y temor.

Cuando, luego, se dan cuenta, con su ayuda, de que no se trata de otro, sino de El mismo transformado, aparece repentinamente en ellos una nueva capacidad de descubrimiento, de inteligencia, de caridad y de fe. Es como un despertar de fe: “¿No estaba ardiendo nuestro Corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (*Lc 24, 32*). “Señor mío y Dios mío” (*Jn 20, 28*). “He visto al Señor” (*Jn 20, 18*). ¡Entonces una *luz* absolutamente *nueva ilumina en sus ojos incluso el acontecimiento de la cruz*; y da el verdadero y pleno sentido del misterio de dolor y de muerte, que se concluye en la gloria de la nueva vida! Este será uno de los elementos principales del mensaje de salvación que los Apóstoles han llevado desde el principio al pueblo hebreo y, poco a poco, a todas las gentes.

7. Hay que subrayar una última característica de las *apariciones de Cristo resucitado*: en ellas, especialmente en las últimas, Jesús realiza *la definitiva entrega a los Apóstoles* (y a la Iglesia) de la misión de evangelizar el mundo para llevarle el mensaje de su Palabra y el don de su gracia.

Recuérdese la aparición a los discípulos en el Cenáculo la tarde de Pascua: “Como el Padre me envió, también yo os envío...” (*Jn 20, 21*): ¡y les da el poder de perdonar los pecados!

Y en la aparición en el mar de Tiberíades, seguida de la pesca milagrosa, que simboliza y anuncia la fertilidad de la misión, es evidente que Jesús quiere orientar sus espíritus hacia la obra que les espera (cf. *Jn 21, 1-23*). Lo confirma la definitiva asignación de la misión particular a Pedro (*Jn 21,*

15-18): “¿Me amas?... Tú sabes que te quiero... Apacienta mis corderos.. Apacienta mis ovejas...”.

Juan indica que “ésta fue va la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos” (*Jn 21, 14*). Esta vez, ellos, no sólo se habían dado cuenta de su identidad: “Es el Señor” (*Jn 21, 7*); sino que habían comprendido que, todo cuanto había sucedido y sucedía en aquellos días pascuales, les comprometía a cada uno de ellos –y de modo particular a Pedro– en la construcción de la nueva era de la historia, que había tenido su principio en aquella mañana de pascua.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Deseo ahora presentar mi más cordial bienvenida a todos los peregrinos y visitantes procedentes de los diversos países de América Latina y de España.

Un saludo fraterno dirijo a los Señores Obispos de México, presentes en Roma para la visita “ad limina” y que han querido acompañarnos en esta audiencia.

Saludo asimismo a los sacerdotes, religiosos, religiosas y demás almas consagradas, a quienes aliento en su abnegada tarea de hacer presente la Buena Nueva de salvación en todos los ámbitos de la vida social.

A todas las personas, familias y grupos de lengua española imparto con afecto la bendición apostólica.
